POEMA

HOY estás tú aquí.
Hoy es ese día
imposible de confundir
con la levedad de la ceniza.

«Hoy» significa que siempre...,
que yo, que algún día...
«Siempre», ¿sabes lo que esto anuncia?
«Siempre» es como el nombre de pila
del infinito.
Aquello mismo que nace
donde muere el instante.

«Hoy» es mi «siempre» porque tú me duras,
porque tu llama aún no se extingue,
porque te vivo entera
olvidado de que tengo otra vida
distinta de la tuya.

«Mañana», ¿quién sabe
si volverán a florecer las acacias
de la plaza de Oriente
o las empecinadas yedras del estanque?
Mañana es menos que siempre,
mañana es menos que mi vida por la tuya,
menos que este paso furtivo
a través del silencio, de ese silencio
en que un beso puede parecer el ruido
de una gota de sangre.

«Mañana» es distinto.
La ausencia,

el sentido de las cosas distantes,
el temblor de la hoja
cuando duele la nostalgia,
la razón tuya sobre todas las cosas,
aquellas cosas que toco
y aquellas que no alcanzo;
aquello que poseo
y aquello que me desposee.

Tú, sobre el frío cristal
donde apoyo mi frente;
Tú como medula de mi grito,
mi pequeño universo
o verso único;
mi poema donde al nombrar los ángeles,
un eco de tu risa me perdura
como si hubiese muerto el dolor en tu silencio.

Tú sobre la luz del alba.

(Buenos días, Dios mío, ¿dónde está
la flor que falta en tu Acervo Divino?)

Tú sobre la triste luz de la tarde,
sobre ese polvo inerte entre las sombras
con que los parques se cubren
como por un leve tacto de mariposas.

(Buenas tardes, Señor, ¿dónde ocultas
la razón de mi vida,
dónde está el ángel
que me cuenta tu Historia?)

Tú, sobre la noche,
sobre la sombra atormentada
del Pedro Ciego trágico
que soñaba en la lívida dulzura
de un beso largo sobre la luz de Apolo.

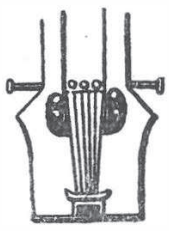
(Buenas noches, Señor, ¿dónde has dispuesto
que mi lecho me aguarde?,
¿qué sábana cubrirá mi cansancio?,

¿qué calor excitará mis llagas
al preparar un sueño
en la ancha cárcava nocturna?,
¿dónde está el ángel de mi guarda?,
¿dónde, que le rece
herido de amor
con la pureza de tus Llagas?)

Tú, sobre el silencio,
sobre todo lo que, definitivamente,
será silencio,
porque ya las palabras
habrán perdido su nombre
y es inútil
exigir un sentido al vacío.

(¿Dónde, Señor, se oculta tu Palabra?,
¿en qué rincón se duele
mi pobre amor herido?)

Tú, sobre mi vida,
pronunciándome el nombre en el pecho,
hoy como tuyo, mañana
como tuyo distante,
amor de siempre y para siempre,
pena larga y dormida,
fiel como un perro a los pies de tu recuerdo.



JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA